

NOMBRE: Lucía Morales

PERSONAJE: ARQUÍMEDES, el espantapájaros granjero

Arquímedes salva la granja

Como siempre, el despertador de Arquímedes sonó allá las seis de la mañana, interrumpiendo bruscamente el silencio. Se vistió sin ganas y anduvo paulatinamente hasta su palo, que se encontraba en medio del sembrado. Ya colocado allí arriba, para él las horas pasaban rápidas. Aquel terreno estaba casi siempre de lo más tranquilo. Cuando apenas eran las diez de la mañana, escuchó el rugir de un motor, y según pudo identificar Arquímedes, se trataba de un viejo tractor oxidado que él conocía. Ante aquel ruido todos los animales se metieron en una cabaña de madera de la que disponía la gran y maravillosa granja. Formaron dos filas indias, una a cada lado de la puerta, y cuando el retumbar de los nudillos inundó la estancia, Arquímedes ya se encaminaba, en medio de las dos filas, dispuesto recibir al dueño de la granja.

—Bienvenido, señor —dijo empleando un tono de voz sereno.

—¿Todo bien por aquí? —el menudo espantapájaros a cargo de la granja asintió. El señor Lambert sonrió satisfecho.

—¿Ocurre algo? No es frecuente verle por estos lares.

—Eso es porque estoy tremendamente ocupado con el trabajo allá en la ciudad. Me enorgullece tener a alguien tan eficiente como tú a cargo de mi granja. En cualquier caso, sí que ocurre algo. Acércate a mi despacho.

Arquímedes observó con gesto preocupado como aquel hombre se alejaba cabizbajo de allí. Se giró y les echó un vistazo a todos los animales. Había cerdos belloteros, conejos, gallinas, caballos... etc. Y por supuesto, su mejor amigo, el perro. Este le acompañó durante el camino hasta la casa principal. Una vez en el despacho, el dueño de la granja, visiblemente afligido, musitó:

—Debo de darte malas noticias —una expresión que era fruto de una mezcla de terror y desconcierto se apoderó del rostro del oyente—. Me veo obligado a vender la granja —Arquímedes palideció ante tales palabras. Después explotó —¡No puede hacer eso! ¿Qué ocurrirá con los animales y las ovejas globo, y las plantaciones de guisantes huevo y maíz tomate?

—exclamó el espantapájaros. En su cabeza resonaba <<Vender la granja, vender la granja, vender la granja>>.

—Lo siento, yo ya soy un hombre mayor. No puedo ocuparme más de este lugar, y una señora que se hace llamar Louise Blanc me ofreció mucho dinero por esta vieja granja. Se la venderé, el papeleo está casi a punto. Prepara té

para esta tarde a las cinco, ella vendrá a cerrar el trato conmigo. No se hable más.

Arquímedes salió aún pálido como la nieve. No sabía que hacer, ni que decir. —Me niego a irme —dijo con resolución más tarde.

Les contó aquel dilema a todos. Arquímedes propuso que tramaran un plan para boicotear la venta de la granja. Lo que tenía claro era una cosa: Su maravillosa granja de la que tanto había cuidado no iba a ser vendida, al menos no fácilmente. Louise llegó sobre las cinco y diez de la tarde. El señor Lambert la recibió. Antes de firmar el documento, la compradora quería echarle un vistazo rápido al terreno, y sobretodo a los animales, que eran lo que más le interesaba. Al principio, el paseo fue tranquilo. Pasaron por el sembrado, que poseía un palo en medio. <<¿Eso es para un espantapájaros?>> preguntó ella. Él asintió, a la vez que se preguntaba donde estaría Arquímedes. El problema se originó al llegar al establo. No había ni un solo

caballo. Siguieron el paseo, y cada vez fue a peor. Los cerdos estaban tirados en el barro y no respiraban. El perro parecía tener la rabia, ni se pudieron acercar. Algunos animales habían desaparecido, o bien estaban muertos o furiosos. Louise tomó dirección a su deportivo indignada. En la verja, había un espantapájaros sonriéndole malignamente. La señora Blanc nunca en su vida corrió tanto. El señor Lambert, que iba detrás de ella, se percató de la presencia de Arquímedes. Entonces lo entendió todo.

—¡OS QUIERO A TODOS EN LA CABAÑA!—rugió rojo de rabia.

En la cabaña, los animales, que resultaron estar escondidos, sanos y vivitos y coleando, pues todo era teatro, se llevaron un buen rapapolvo. Tras la bronca el señor Lambert se dejó caer de una silla vencido por el cansancio. Arquímedes se acercó, y le habló con su habitual serenidad.

—Señor. Comprendo que no pueda cuidar más de esta granja. Pero le aseguro, ¡que yo puedo ocuparme de esto sin que tenga que preocuparse lo más mínimo! Confíe en mí, y no haga tonterías como venderla —el señor Lambert puso los ojos en blanco y suspiró.

Sin duda no le quedaba más remedio. Asintió lentamente, medio resignado, medio aliviado. Después de unas dos horas se marchó a la ciudad. Arquímedes, satisfecho, observó el bello atardecer. Colgado en su palo, no puedo evitar quedarse dormido y comenzar a soñar.